

C<sup>a</sup> 1274-10

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

---

## Á LA CIENCIA.

ODA QUE HA OBTENIDO EL PRIMER PREMIO SEÑALADO Á ESTE ASUNTO  
EN LOS JUEGOS FLORALES CELEBRADOS EN FERROL,  
CON MOTIVO DE LA INAUGURACION DEL DIQUE DE LA CAMPANA.

*La ciencia es poder.*  
BACON.

---

MADRID:  
IMPRENTA DE JOSÉ DE ROJAS,  
Tudescos, 34, principal.  
1880.



# Á LA CIENCIA.

---

ODA QUE HA OBTENIDO EL PRIMER PREMIO SEÑALADO Á ESTE ASUNTO  
EN LOS JUEGOS FLORALES CELEBRADOS EN FERROL,  
CON MOTIVO DE LA INAUGURACION DEL DIQUE DE LA CAMPANA,

FOR

D. ANGEL LASSO DE LA VEGA.

---

MADRID:  
IMPRENTA DE JOSÉ DE ROJAS,  
Tudescos, 34, principal.  
1880.

*En 27 de Mayo de 1895*  
Biblioteca Nacional de España

A LA CIENCIA.

A. Por D. Manuel Estrada  
en prueba de amistad y aprecio

Angel Larroche de Oyarzun

La ciencia es poder.

BACON.

Luz inmortal que la divina esencia  
del espíritu humano,  
su poder y fecunda inteligencia  
revela sin cesar; don portentoso  
con el cual es del mundo soberano  
el hombre, en quien se iguala  
la débil condicion con sus alientos,  
flaco en su ser, en su ambicion coloso;  
que audacia dá á su mente  
y espacio en que volar sus pensamientos  
hasta el limite aquel que le señala  
quien es todo saber, centro glorioso  
de luz, y de verdad eterna fuente;  
¡oh ciencia humana! de tu fuego santo  
que irradia el génio y que ennoblece al hombre,  
un reflejo no más vierte en mi canto,  
y al ensalzar tu nombre,  
aunque tan léjos de tu alcázar vivo,  
aunque profano en él por mi rudeza,  
dá á mi acento espresar cómo concibo  
tu gloria, tu poder y tu grandeza.

Si al hombre advierte su mezquina altura  
 irracional coloso; si le advierte  
 el indómito rey de la espesura  
 que al poder de su garra es menos fuerte;  
 si el águila de vista penetrante  
 al tender en la atmósfera su vuelo,  
 le contempla arrogante  
 un átomo no más sobre su suelo;  
 el hombre, superior entre los séres  
 de la creacion entera,  
 del selvático bruto la pujanza  
 vence altivo á su gran supremacia,  
 y remontado á la azulada esfera,  
 como el ave tambien, á ver alcanza  
 la tierra que abandona en su osadía.  
 Del mundo árbitro y dueño,  
 obstáculos no encuentra á sus antojos:  
 de la inculta maleza los abrojos  
 transforma en flores de pensil risueño,  
 trueca el desierto en la ciudad poblada,  
 el ímpetu desata del torrente,  
 desquicia y mueve la montaña inhiesta  
 á la horrible explosion por él dispuesta,  
 y los montes horada,  
 y sus sendas en ellos introduce,  
 sobre el rio anchuroso  
 el paso allana con el tendido puente,  
 y de aquel, en su marcha caudaloso,  
 divide el curso que á la mar tributa,  
 y hasta el rebelde mar dócil conduce  
 donde enantes holló su planta enjuta,  
 porque tal es su aliento poderoso.

El hombre los secretos que la tierra  
 oculta en sus entrañas adivina,  
 y el precioso metal que avara encierra,  
 le arrebat y destina

á ser emblema del poder y fausto,  
y del mal y del bien origen cierto,  
hasta dejar exahusto  
el seno aquel á su codicia abierto.

Y suyo es de tal suerte  
aquel otro metal así escondido,  
que en sus nobles industrias utiliza,  
y que á la vez convierte  
en fatal vengador de sus pasiones,  
ya en la diestra esgrimido,  
ya con forma y poder que aterroriza,  
recorriendo del éter las regiones,  
y usurpando á la nube el estampido.

El hombre, á quien del piélago profundo  
la inmensidad á detener no llega,  
á su funesta cólera se entrega  
por conocer los límites del mundo,  
y arroja sobre el mar el árbol hueco  
y á recorrer las olas se aventura,  
y cuando al fin acostumbrado al eco  
del viento mugidor, su hogar flotante  
constituye el bagel que perfecciona,  
sus riberas intrépido abandona,  
y el rumbo hallando en la estrellada altura,  
se aleja sin temor á un mar distante.  
Temerario y audaz logra su empeño:  
de una zona recorre á la otra zona,  
y ya del mar y de la tierra es dueño.  
Una y otra conquista  
consigue sin cesar su inteligencia.  
Cuanto observa su vista  
que por lo extraño á su razón sorprende,  
estudia atento y perspicaz comprende;  
lo imposible penetra hasta tal punto,  
que su razón, su estudio y su experiencia,  
ofrecen en armónico conjunto



su más noble expresion, la humana ciencia.

¡Oh, ciencia bienhechora,  
cuán inmenso caudal el hombre ansioso  
de hallar la perfeccion en ti atesora!  
Van pasado ante ti generaciones,  
y todas con tu influjo poderoso  
van creciendo en poder y perfecciones.  
El sér humano su ideal realiza,  
aumenta en dignidad y se ennoblece,  
un destino mejor alcanza y goza,  
su existencia embellece,  
y en el alcázar y en la humilde choza,  
sus bienes introduce,  
y deja allí de tu presencia el sello,  
y en el mundo gloriosa te entroniza,  
porque en verdad que cuanto grande y bello  
su espíritu produce,  
en tu nombre inmortal se simboliza.

¿Cuál más noble pasion? Jamás enlaza  
el vivo anhelo del saber sublime  
y el mezquino interés: siempre rechaza  
cuanto es indigno ó que la infamia imprime.  
El hombre superior se muestra ajeno  
del vulgo á los efimeros placeres,  
y sólo es su delicia  
lograr de un mundo de prodigios lleno  
y de tan varios séres,  
los misterios recónditos que encierra  
sorprender con espíritu sereno.  
En ellos, pues, se inicia,  
é inspirado por ellos, ya no ignora  
la verdad, que es la luz del sér humano,  
y del seguro bien inspiradora,  
y cuanto ansioso anhela,  
y el insondable arcano  
que el númen de la ciencia le revela.



No bien la humanidad deja su cuna,  
 de su ignorancia primitiva atiende  
 á disipar las nieblas: sus esfuerzos  
 en cada edad protege la fortuna;  
 sin tregua los persigue  
 y el éxito sorprende  
 que en su constancia pertinaz consigue;  
 pero el enigma que acertar intenta  
 es inmenso, no solo impenetrable  
 del saber en la infancia se presenta;  
 no del todo jamás, por ley divina  
 que así lo impone, conocer le es dable;  
 un límite se toca,  
 que si lo invade la soberbia loca,  
 ciega en su audacia hácia el error camina.

Allá en tiempo lejano,  
 en la comarca helénica se escucha  
 al filósofo, al génio soberano,  
 siguiendo del saber nuevo camino,  
 y siempre en árdua lucha  
 con los hondos secretos del destino.  
 Allí surge Aristóteles grandioso;  
 Pitágoras allí, varon profundo,  
 y más tarde perdiendo generoso  
 una vida que al ódio no disputa,  
 ni al cruel fanatismo en su inclemencia,  
 ni á la mortal cicuta,  
 aquel cuya entereza asombra al mundo,  
 un Sócrates, un mártir de la ciencia.

Así el hombre engrandece el pensamiento,  
 y de edad en edad, de raza en raza,  
 va creciendo en poder, en noble aliento,  
 y nuevas sendas al saber le traza;  
 y de súbito un astro se presenta  
 y cien más y otros cien con la luz pura  
 con que el génio fulgura

en el nítido cielo en que se ostenta.  
 Así en distintas épocas se ofrecen  
 un Séneca español, un Galileo,  
 un Pascal, un Descartes,  
 un Newton y otros mil... ¿Cómo es posible  
 la grandeza y la gloria inextinguible  
 de todos aclamar cual lo merecen?  
 ¿Y cómo enumerar á cuantos veo,  
 noble Minerva, de la ciencia diosa,  
 que elevas hasta tí, cuando compartes  
 tns laureles con ellos, venturosa,  
 allí donde á tu lado  
 llevó la digna Astrea,  
 de justicia y de paz preclaro númen,  
 el génio del pasado,  
 y el del presente te conduce ufana,  
 en ámbos al hallar el elemento  
 del bien que tanto en obtener se afana,  
 de sus virtudes todas el resúmen,  
 pues no es posible que sin ellas sea  
 ni elevado ni puro el pensamiento,  
 ni fragante el perfume de la idea?

Esa historia del génio, que es la historia  
 de naciones y estirpes extinguidas,  
 de tanto varon fuerte  
 cuyo saber conserva la memoria,  
 cuyas grandezas en el polvo hundidas  
 se vieron, porque tal era su suerte,  
 ¿olvidarse podrá? Y á que se pierdan  
 en el olvido nunca  
 de la egipciaca ciencia los prodigios  
 que revelan alientos sobrehumanos,  
 y las altas pirámides recuerdan,  
 de inmensa audacia y de poder vestigios,  
 ¿no son del tiempo los esfuerzos vanos?  
 ¿Cómo olvidarse de la Aténas culta,

pátria del génio y del saber profundo,  
 en donde yace la ignorancia oculta;  
 que civiliza al mundo,  
 y le fija sus leyes; que interpreta  
 con acierto sublime  
 la belleza ideal; que del poeta,  
 del artista será siempre el modelo,  
 y que á la ciencia imprime  
 su grandeza elevándola potente,  
 cual emblema feliz, resplandeciente  
 entre las sábias musas de su cielo?

¡Siempre del hombre el pensamiento osado,  
 tal vez tenido en su ambicion por loco,  
 luchando y vencedor! No hay tiempo alguno  
 que un génio no produzca inesperado.  
 Un Arquímedes ved; del sol concentra  
 los luminosos rayos en el foco  
 de espejo refulgente,  
 y allí un rival se encuentra,  
 que destruye doquier es dirigido,  
 de la centella ardiente,  
 el rayo por la ciencia sorprendido.

¡Ciencia sublime, en cuyo sólio brillan  
 del humano saber cuantos destellos  
 la inspiracion, el cálculo, el estudio  
 irradian y á los siglos maravillan;  
 de una en otra edad siempre más bellos!  
 Constituyen tu gloria más completa  
 los que fulguran en el docto lábio  
 del filósofo; aquellos que produce  
 quien á los astros á seguras leyes,  
 hasta el cielo elevándose, sujeta;  
 los que despiden el moralista sábio  
 que hácia su bien la humanidad conduce,  
 y el acertado físico, triunfante  
 del difícil problema; el que concentra

su fija observacion en los quebrantos  
de nuestro sér mezquino,  
y tantos otros más, que sus encantos,  
su desvelo, su afán, su amor constante,  
en el saber tuvieron de contino.

¡Cómo el arte y la ciencia en fiel consorcio  
engrandecen al génio! ¡Cuál exitan  
el placer del espíritu. Ya Apeles  
reproduciendo hermosa la natura,  
inspirado por ambos, asegura  
la fama de sus mágicos pinceles.  
Ya resuene en la márgen del Alfeo  
el sublime poema que recitan  
un Homero, una Safo y un Tirteo,  
y un Píndaro armonioso;  
ya en la del Tiber donde vé celoso  
el romano la helénica cultura,  
los épicos cantares y el idilio;  
impregnado de mágica dulzura,  
suspendan de un Horacio y un Virgilio;  
ya un Petrarca sus cánticos levante;  
ya la cristiana inspiracion de un Dante  
supere en lo asombrosa  
á aquella que premió con sus laureles  
del alto Partenon la sábia diosa;  
ya el acento se escuche en el Parnaso  
riquísimo de España,  
de Calderon, de Lope y Garcilaso;  
allí la ciencia está y allí acompaña  
al poético númen. Si; de Apolo  
allí el hijo con todos fraterniza,  
y allí una voz tan solo  
de la ciencia las glorias solemniza.

¡Ay, no más á la ciencia soberana  
como á diosa de paz rindiese culto  
la inteligencia humana!

El odio y los rencores  
 movidos de la afrenta ó del insulto,  
 de la ciega ambicion á los halagos,  
 subieron á su sólio,  
 á demandar su auxilio, y los estragos  
 de la funesta lid fueron mayores.

Y un César desde el alto Capitolio  
 ordenadas arroja sobre el mundo  
 las legiones innúmeras... ¡Do quiera  
 el bélico furor siempre logrando  
 luto, sangre, esterminio,  
 y de una en otra era  
 allí un bando oponiéndose á otro bando,  
 y el acero iracundo  
 ejerciendo despótico dominio,  
 y vencidas naciones arrollando!

¿Y cómo auxiliar de sus pasiones,  
 su encono y su despecho,  
 sus bárbaras conquistas y ambiciones,  
 ¡oh ciencia! á ti, no más la bienhechora  
 de la agitada humanidad, te han hecho?

¡No en ti sus medios halle aterradora  
 la deidad de la guerra  
 para lograr con perfeccion temible,  
 sus odios lleve al mar, lleve á la tierra,  
 segura y pronta su venganza horrible!

¡Oh ciencia, no cual dócil instrumento  
 del génio destructor mi voz te cante,  
 sino cual gloria pura y deseada,  
 como númen del bien, nunca triunfante  
 entre ruinas, y en pavés sangriento  
 por la discordia misera aclamada!

Admírete tan solo  
 cuando otros láuros en tu frente luces,  
 y á un mundo virgen á Colón conduces,  
 y abres paso hasta el polo

al náuta que en tu honor riesgos afronta,  
cuando inspiras tu luz, porque más pronta,  
cual mágico portento,  
logre ahuyentar á su mansion oscura  
á la torpe ignorancia,  
y á Guttemberg su invento,  
porque por él en fijos caracteres,  
doquier te admiren los indoctos séres,  
la instruccion propagando y la cultura.

Al contemplar tus lauros repetidos,  
cual no pudieron ver otras edades,  
esos prodigios de tu voz divina,  
por asombrosos nunca presentidos,  
conque ya se enriquece  
nuestra centuria que á su fin camina,  
y que á tu herencia portentosa añades,  
¡oh noble ciencia! mi entusiasmo crece.

¿Qué impulso misterioso es el que imprime  
á ese mónstruo, á esa fiera aterradora  
que el humo denso de sus fauces lanza  
y su agudo clamor así comprime,  
tan rápida carrera? En ella avanza.  
y vuela serpeando,  
y el espacio devora,  
y en el erguido monte  
penetra, sus entrañas traspasando,  
y de súbito allí, lejos, muy lejos  
reaparece, y del sol á los reflejos,  
un punto solo es ya en el horizonte.  
Ese mónstruo es la máquina admirable,  
portento de la ciencia,  
que en multitud las gentes conduciendo,  
de los pueblos anima la existencia,  
el trabajo y la industria protejiendo:  
es el raro vestigio  
que de la humana ciencia no parece

el producto feliz, gloria de un siglo.  
 cuyo ser misterioso  
 de un mágico se ofrece  
 al conjuro y poder maravilloso.

El hirviente vapor usurpa al viento  
 que del ráudo bagel hinche la vela,  
 porque trace más rápida su estela  
 en las olas del turbido elemento.

Ved la nave gallarda y atrevida  
 á que viste tal vez férrea armadura,  
 por la potente hélice impelida,  
 arribar á la costa apetecida  
 en remotos lugares,

la distancia abreviando, en la llanura  
 inmensa y procelosa de los mares.

Mirad cual atraviesa  
 el nuevo paso por la ciencia abierto  
 entre el Asia y la Libia. ¡Heróica empresa  
 á que el génio se lanza,  
 y de gloria ha cubierto  
 á un siglo audaz que lo imposible alcanza!

¡Sí, lo imposible! ¿Sospechar pudieran  
 nuestros no muy lejanos ascendientes,  
 ni aun siéndoles predicho lo creyeran,  
 que el pensamiento humano  
 en el punto no más que se concibe,  
 traspasara las turbidas corrientes  
 del profundo Océano,  
 y el monte y la llanura,  
 ya la distancia para siempre rota,  
 y tal como el relámpago en momento  
 brevísimo fulgura,  
 aventajando en rapidez al viento,  
 así llegara á la region remota?

Lo que un sueño parece,  
 hoy con la ciencia y su poder realiza



un siglo sin igual. ¿Pero qué mucho?  
esa máquina ved qué nos ofrece:  
un genio la encantó: habla y escucho  
que cual ser animado vocaliza.

¿Qué mucho pues, si del ardiente Febo  
la luz que en el cristal rauda aprisiona,  
le dá la imágen cierta  
de todo lo visible? Un arte nuevo,  
sin el pincel del hombre, á hallar acierta  
la perfeccion difícil que ambiciona.

¡Qué láuro como el tuyo inmarcesible,  
oh ciencia soberana! A tí te es dado  
alcanzar lo increible,  
y presentar de Ícaro elevado  
á las nubes la fábula, posible,  
cuando al hombre del águila celoso,  
tambien ofrece poseedor osado  
de la region del aire vagoroso:  
á tí es dado, por ocultas venas  
los torrentes de luz que el gas produce,  
por donde quiera derramar, apenas  
el astro rey con su fulgor no luce:  
al aparato eléctrico arrebatas  
destellos aun mayores,  
y esa llama vivísima á que tratas  
de dar del mismo sol los resplandores,  
y muestras hoy sin tregua en tus alientos,  
uno y otro prodigio,  
fantásticos inventos  
que agigantan tu gloria y tu prestigio,  
y revelan tus altos pensamientos.

La ciencia de la vida  
para el hombre eres tú, y ¡ay si le falta  
tu inspiracion benéfica! En tal caso,  
nómada tribu que sin culto vive,  
sin leyes, sin moral, y en quien resalta

la estupidez ó la barbárie acaso,  
 fuera entonces, de tí no protegida,  
 la familia no más: esa que solo  
 en la región salvaje se concibe.  
 Empero el árbol de la ciencia guarda  
 lo mismo el bien que el mal: fruta prohibida  
 de sus ramas suspende,  
 y el que la prueba, en descender no tarda  
 del error á los antros más sombríos,  
 donde jamás desciende  
 á ser la noble ciencia  
 la cómplice de locos estravíos.  
 Ella, pues, le abandona:  
 el humano saber, la dicha humana  
 tienen límite fijo,  
 y como al mar, el Hacedor les dijo:

«¡De aquí no pasareis!» El que ambiciona,  
 con nécio orgullo y con soberbia vana,  
 la barrera saltar que le detiene  
 ante la eterna y suma omnipotencia,  
 perdida la razon, confuso toca  
 con el castigo de su audacia loca,  
 todo el error en que á sumirse viene,  
 y su falso saber y su impotencia.

No á la que es madre del error y origen  
 del mal ¡oh ciencia! sino á tí la pura,  
 la felice deidad, hada hechicera  
 radiante de hermosura,  
 mis débiles acentos se dirigen.  
 La luz que inspira el bien, la verdadera,  
 y que jamás se estingue, en tí fulgura;  
 la humanidad sus rayos venturosos  
 con júbilo recibe. Tú eres guía  
 del sér humano, su enseñanza y gloria,  
 lauro el más puro en su agitada historia,  
 y sin tí, de sus goces más sabrosos

privado, y entre sombras, viviría.  
 Tú eres, pues, quien le acuerdas incesante,  
 que es su origen divino,  
 y al remontar el vuelo  
 de su espíritu audaz, por el camino  
 le conduces triunfante,  
 que termina en su patria, que es el cielo.



